

CÍRCULO DE REMOLINOS

RAMÓN MÁRQUEZ CASTRO

PRÓLOGO

Todos llevamos historias dentro de nosotros. Pero sólo unos cuantos pueden o les gusta compartirlas con los demás, y cuando lo hacen, es platicándolas de viva voz. Menos aún, son aquellos quienes prefieren escribirlas y luego difundirlas en libros.

A esta pequeña estirpe de narradores escritores, pertenece Ramón Márquez Castro. Y cómo no habría de serlo, cuando se ha vivido varias existencias: hijo, hermano, amigo, esposo, padre, tío, y abuelo. Y con diversos oficios: labrador, mariachi, guitarrista, zapatero y escritor. Además de ser un hombre sensible, observador, franco, reservado, cordial, serio, tranquilo, perseverante, dedicado, paciente, afanoso y aseguro muy humano. Un cúmulo de particularidades o caracteres, a mi parecer, requeridas para escribir narrativa.

Conocí a Ramón Márquez hace unos dieciséis años, más bien supe de él o su existencia como escritor porque leí un cuento de su autoría. Ocurrió que me invitaron a presentar en la Casa Museo López Portillo, *Guadalajara en la memoria*, un libro que recopila los cuentos ganadores de aquel certamen nombrado “En Guadalajara se cuenta”, y que incluye su cuento “Sube y baja”.

Después coincidimos en alguna otra actividad literaria, donde nos presentamos y pudimos estrecharnos las manos. Pero tal vez, cuando logré conocerlo un poco más y que nuestra amistad se fortaleció, fue durante los varios meses que él asistió al taller de narrativa que coordino desde hace años. Entonces pude adentrarme más en sus temáticas narrativas, en aquellas dificultades y aciertos cuentísticos que tenía, en sus procesos e indagaciones de

escritura; y el enterarme con grata sorpresa que trabajaba en una novela.

Y un día, Ramón me confió como amigo y escritor la lectura de su primera novela, *Círculo de remolinos*. Escribir una novela conlleva un arduo empeño, una fatiga inquebrantable con la imaginación, un insistente combate con las palabras, la trama narrativa y los diferentes personajes, que a ratos parecen cobrar vida, salirse de las páginas y hacer lo que les venga en gana. Detrás de esos capítulos o párrafos, hubo un buen trabajo creativo de horas y horas que Ramón dedicó para que ustedes consigan leer con facilidad, fluidez y disfrute. Concluir una novela es un acto admirable de talento y merecido orgullo.

Gracias Ramón Márquez por compartírnos las historias que llevas dentro, gracias por tu perseverancia al escribir y sobre todo ser el hombre tan humano que eres.

Tu amigo y camarada de letras

Godofredo Olivares

A MI HERMANA IRMA MÁRQUEZ

*En el transcurso infinito del tiempo,
todo ha sucedido infinitas veces.*

F. Nietzsche

Ellos llegaron cuando llovió con un cielo sin mácula de nubes. Los acontecimientos empezaban a eslabonarse entre la polvareda que miramos venir por el Callejón del Arquito. Alguien aventuró que tal vez eran los “húngaros” de Zoraya, “La Lujosa,” aquellos que traían a vender de puerta en puerta, entre otras “maravillas”, hojas de hierba del olvido para curar el mal de amor, y pomadas de rinoceronte blanco para devolverle a las mujeres la doncellez perdida. Otro, dijo también dudando, podía tratarse de la furgoneta de los forasteros, portadores de aparatos misteriosos, que pasaban sin saludar hacia los terrenos de la mina abandonada. Un tercero, luego de limpiarse el sudor de la cara con su paliacate colorado, aseguró con desgano, que aquello no dejaba de ser una simple polvareda, un remolino más de los miles que se formaban en temporada de sequía.

Mediaba junio, las lluvias no llegaban; y en el centro de aquel valle circular, ceñido casi totalmente con un aro de violentas montañas, el pueblo parecía hervir en una enorme cacerola puesta sobre los rescoldos del infierno. En las horas de más calor, un vaho tembloroso permanecía estancado sobre las calles solitarias. Entre los hervores de aquel reverberio, a corta distancia nada se perfilaba con claridad. Los rancheros, que tenían sus viviendas en las estribaciones y repechos de las montañas, después de oír misa mayor, comprar víveres y algún apero de labranza, poco a poco se iban marchando y el pueblo de Raspahua quedaba sumido en un sopor de plomo.

Aquel domingo, entre las tres y cuatro de la tarde, estábamos sentados a la sombra de un fresno afuera de la casa del primo Froylán. Era su cumpleaños veinticuatro y le habíamos llevado una botella de tequila, del que Silvestre Alegría transportaba a lomo de mula desde las lejanas tierras del Orendain. Sin poder salir del bochorno, en un ambiente

soñoliento, aletargado, de párpados suspendidos a mitad de los ojos, nadie se animaba para iniciar el brindis y la botella seguía intacta encima del tronco redondo que servía de mesa. Apenas si levantábamos un poco la vista para mirar a las garzas bueyeras, que abrazando con pereza el aire caliente de la tarde, volaban hacia los potreros del río. Ni siquiera nos movimos cuando pasó entre nosotros un hatajo de cabras y borregas, que Primitivo Cuevas, “Mano de Metate”, llevaba de regreso a su corral. Ahora pienso, que acaso por el aburrimiento o el deseo de que algo rompiera el pegajoso marasmo, aquello aconteció.

Doblando el recodo para entrar en lo recto de la calle, la polvareda que venía por el Callejón del Arquito, quedó convertida en un automóvil pintado de amarillo, que después de caminar cual insecto traqueteante por el disparejo empedrado, como para sacudirse el polvo, con un estremecimiento final se detuvo frente a nosotros. Quedamos de una pieza al mirar que de la puerta del chofer, bajó un enano amulatado, de ojos saltones y bigote ralo, con un sombrero bombín en la mano izquierda, camisa floreada de mangas cortas, pantalón bombacho de ancha valenciana y zapatos de charol con puntera blanca. Pero eso no fue todo, la quijada se nos cayó cuando de la otra puerta, surgió una bellísima mujer, tan alta, que andaría cercana a dos metros; ataviada con zapatos de tacón, medias nylon, vestido azul rey a media pierna, sombrero de ala ancha del mismo color sujetado con listones... y un husmeante ratón blanco parado sobre su hombro izquierdo.

Nosotros habíamos visto mujeres vestidas así, sólo en las películas del cine ambulante, pero jamás un enano de camisa floreada y sombrero bombín. Por eso, quedamos tan admirados como niños cuando ven por primera vez una función de títeres.

—Buenas tardes— dijo el enano con voz chillona dejando relucir en su boca un diente de oro. En seguida, haciendo

una inclinación de cabeza tan pronunciada que por poco bebaba el suelo, agregó:

—Me llamo Catarino Maravillas. Soy periodista independiente y vengo a fundar aquí, “La Hormiga de Plata”, una gaceta que tendrá informado al pueblo de los acontecimientos nacionales y extranjeros. La dama, que se había quedado un poco atrás dio tres pasos adelante. Y al mismo tiempo que un jirón de sol se filtraba entre las tupidas ramas del fresno, dando a sus labios pintados con colorete carmesí un brillo nacarado, la sin igual mujer, mirando de frente, directo a los ojos, con voz clara y perfecta entonación, mientras extendía un abanico con estampados orientales, le oímos decir:

—Mi nombre es Victoria de los Ángeles. Ahora, si lo tienen a bien, ¿pueden informarnos dónde encontrar la casa de la señora Virtudes Cabral? Mi compañero y yo venimos de muy lejos y quisiéramos descansar lo antes posible.

Al oír el nombre de Virtudes Cabral todos a un tiempo nos pusimos de pie, y el primo Froylán, tartamudeando, se apresuró a decir que era una finca de cantera gris, con ventanales altos cerca al templo de San José y la única con pararrayos; pero que si la señora así lo deseaba, nosotros la llevaríamos hasta la misma puerta.

Con la atención puesta en los dos personajes, no supimos cuando empezó a llegar más gente; de pronto ahí estaban: Jovita, la costurera, que había abandonado su traqueteada “Singer” de pedal; Hércules, el herrero; Profunda Murillo, dueña de la única fonda del pueblo; el viejo Salomón, filósofo y sabelotodo; “Don Quijote”, un loco cargando su costal donde según él, guardaba ruidos y olores; un par de beatas del templo, que de cuando en cuando se santiguaban ante los dos fuereños; cinco perros callejeros; Don Crispín, el zapatero; varios niños salidos de aquí o allá... Así, igual que cuando venía el Señor Obispo a officiar Confirmaciones, con la preciosa Victoria de los Ángeles y el enano adentro, el carro amari-

llo escoltado por todos, empezó a caminar lento, muy lento, como en una procesión, hacia la Casa de los Pararrayos.

Sería por la presencia de aquella mujer tan hermosa o lo inesperado del suceso, el caso fue, que mientras caminábamos me pareció sentir como si las casas flotaran en un aire transparente y las copas de los árboles se juntaban con el cielo. Nuestros cuerpos, minutos antes muy pesados, ahora parecían livianos y el calor era inexistente. Según dijo después Hércules, el herrero, cuando íbamos atrás del carrito, “fue como pasar por debajo de un largo puente con techo de vidrio”. Si alguien no miró la polvareda, pensaría tal vez que aquella mujer cayó del cielo, y era extraño por qué no hubo algún cometa anunciando su llegada.

En el trayecto más personas se fueron sumando al cortejo, se abrían puertas y ventanas de par en par, los niños treparon al estribo del capaceté y saludaban con la mano en alto. Los perros, con el lomo erizado, ladraban queriendo morder las ruedas del carro. Los balcones de pronto se poblaron y el viejo Salomón, quien recorrió medio mundo y sabía más por viejo que por sabio, dijo: —la mujer le da un aire a María Conessa, una artista de zarzuela que conocí en el teatro principal de Madrid.

Terminadas de recorrer las cinco cuadras, lo cual me pareció muy rápido, aquello ya parecía convite de circo. El primo Froylán se acercó a la ventanilla del chofer y le señaló al enano el portón claveteado de la Casa de los Pararrayos. Nos quedamos quietos al ver que de un salto, el enano se bajó y con pasos de perico en el suelo, fue hacia el portón. En seguida, parándose de puntas, quiso tocar el llamador de plata en forma de cabeza de león pero no pudo alcanzarlo. Todos los que estábamos ahí tuvimos la impresión de que el tiempo se detuvo, porque en ese momento, de la otra portezuela del escarabajo amarillo, lentamente... fue saliendo aquella diosa con vestido azul. Primero, su cuerpo giró en el asiento hacia afuera. Sus rodillas estaban juntas. Acto seguido, sus pies to-

caron tierra al mismo tiempo. Luego, su figura fue elevándose; y como si en vez de andar flotara, caminó hacia el enano. Sus dedos, como alas de mariposa, dejaron caer el aldabón tres veces. Las hojas de los árboles se aquietaron. Un chupamirto quedó suspendido a mitad de vuelo reflejando sobre el piso una sombrita parpadeante. Bajo aquel cielo azul, limpio de nubes, el silencio fue completo. Casi se podía oír el rasguño de un mayate verde trepando por la pared. Nosotros con tuvimos el resuello y los perros dejaron de ladrar. Entonces, escuchamos un leve rechinido de bisagras, se abrió el portón claveteado y apareció la dueña de la casa con su bastón y rodeada por sus inseparables siete gatos.

Al mirar tanta gente reunida, sin comprender nada, los ojos azorados de Virtudes Cabral iban de la gente al carro, del carro al enano, del enano a Victoria de los Ángeles, hasta que lo vio... Estaba parado a escasos centímetros de ella, moviendo las manos como viejo gesticulante, girando los bigotes tiesos a manera de antenas, arrugando intermitente su nariz color encía, mirándola con sus ojillos saltados de las cuencas cual diminutas verrugas de intenso rojo sangre: el ratón blanco.

De pronto, sin que nadie tuviera tiempo de hacer nada, vimos a Doña Virtudes, que soltando su famoso bastón, con ojos desorbitados y dando un prolongado ¡Aaaah! en un santiamén caía como muerta golpeando su cabeza contra el batiente de la entrada.

De ahí en adelante fue pura confusión, la gente se arremolinaba en torno a la desmayada. Profunda Murillo gritó que le frotaran la nuca con alcanfor; nosotros le echábamos aire con los sombreros; las beatas le bajaban las enaguas que dejaban al descubierto más arriba del carcañal; Hércules, el herrero, la jaló de los brazos hacia la sombra del zaguán; los perros empezaron a ladrar con renovado brío; como por arte de brujería, sin contar a uno negro llamado “Lucifer” que seguía junto a su dueña, todos los gatos desaparecieron; el

enano quiso socorrer a la desmayada, pero al agacharse, un travieso lo empujó por atrás y fue a caer encima de Doña Virtudes, quien dejó escapar un sonoro pujido. En la refriega, el ratón blanco cayó del hombro de la esbeltísima Victoria de los Ángeles, y dando pequeños chillidos, saltaba entre el hocico de los perros. Mientras tanto, parado sobre la trompa del insecto amarillo, “Don Quijote” aplaudía a más no poder mientras gritaba: “¡Voy volando en una calandria! ¡Voy volando en una calandria!”.

Cuando Doña Virtudes recobró la conciencia. Temblosa y mirando de un lado al otro, primero preguntó por sus gatos y si todavía estaba ahí la señorita del ratón “güero”. Le contestó la misma Victoria que sí, pero que un horrible perro de paladar negro había devorado a su linda mascota. Con esto, Virtudes pareció calmarse y al cruzar unas palabras en tono bajo con la elegante recién llegada, incluyendo al enano, nos echó a todos afuera del zaguán, ante nuestra sorpresa cerró el portón y se quedó a solas con Victoria de los Ángeles.

De mala gana la gente poco a poco se fue retirando. Pasarían veinte o treinta minutos, cuando el portón se abrió de nuevo y con un ademán las dos mujeres llamaron al enano. ¿Qué pasó dentro de la Casa de los Pararrayos? Quizá nunca lo sabremos. Pero nos enteramos por boca de aquel enano tan parlanchín, que en el auto amarillo traía una imprenta de tercera mano cuyo primer dueño había sido un tal Ricardo Flores Magón, y que a la mayor brevedad saldría el primer número de “La Hormiga de Plata”.

Cuando regresábamos a la casa del primo Froylán escuchamos un trueno. Y como si el cristal del cielo hubiera estallado con el retumbo, bajo los últimos fulgores de la tarde, la lluvia empezó a caer tan fuerte, que, al chocar contra las piedras de la calle, las gotas parecían formar un cortinaje de furiosas lancetas de vidrio. Yo pensé, que aquella lluvia caída del cielo, podía ser tan sólo el preludio de la verdadera tormenta por venir.

II

Cuando Victoria de los Ángeles y Catarino Maravillas llegaron para darle un giro completo a la vida de Virtudes Cabral y romper con lo establecido, ésta poseía, entre otras cosas, cuarenta y seis años, siete gatos gordos y una promesa urgente por cumplir: el juramento que diez años antes, en artículo de muerte, había hecho a su esposo: “vete tranquilo Fortunato, yo te juro ante este crucifijo reabrir esa mina que tanto quieres a como dé lugar y cueste lo que cueste”.

Ahora la intranquila era ella: pronto llegaría a cuarenta y siete y aún no cumplía aquel sagrado voto. Claro, Virtudes tenía también otros pendientes por realizar en los años que le restaban. El más importante, viajar a Roma para conocer al Papa. Pero aquella cuestión personal bien podía esperar. Además, llegar hasta Italia no sería empresa sencilla: primero encontrar alguien que le acompañara para cargar el equipaje y le sirviera de guía. Luego, abordar un atortugado tren para llegar hasta el puerto de Veracruz. Después, si había suerte, embarcarse en un buque de vapor a todas luces inseguro. Aunque lejano ya, aún se recordaba el naufragio de un lujoso trasatlántico que en su primera travesía se hundió por chocar con un témpano de hielo. Por otra parte, sin contar a sus gatos no tenía a nadie en el mundo. ¿A quién encargaría sus múltiples negocios? No, en definitiva no resultaba fácil cruzar el Océano para ir a conocer al sucesor de San Pedro.

En cuanto a reabrir la mina de plata, abandonada por diez años, con los túneles aterrados, cubierta por el huizache, el palofierro y la uña de gato, el temor a perder lo heredado en una empresa insegura, donde las más anchas vetas de pronto se volvían tan flacas como pintadas con gis o de plano desaparecían, le obligaba postergar la promesa año tras año. Por si esto fuera poco, era necesario traer gente de fuera: los